

## **Revista *Sitio***

**Javier Gasparri**

Publicada en Buenos Aires entre 1981 y 1987, la revista *Sitio* alcanzó un total de seis números en cinco volúmenes (ya que los números 4/5 aparecieron en un solo volumen). Entre sus miembros más destacados se encuentran Ramón Alcalde, Jorge Jinkis, Luis Gusmán, Eduardo Grüner. Sin embargo, la revista se resiste —no sin paradojas— a ser tratada como proyecto colectivo o grupal. Es fundamental, en este sentido, que la revista decida no incluir un “editorial”, al que entiende como la “declaración de principios” que tiene el “hábito de decir lo que se quiere decir antes de decirlo”, y opte, en su lugar, por proponer una sección llamada “Entredichos”, en la cual puede “hacer conocer lo que una editorial habría tachado o acallado”; de este modo, las notas publicadas en esa sección “llevan firmas para no sugerir un autor colectivo”. No obstante, lo paradójico de tal intención se encuentra, en primer lugar, en estas declaraciones en sí mismas, publicadas en el número 1 como copete sin firma de la sección en cuestión, que terminan afirmando eso de lo que quieren escapar: la declaración de principios de un editorial mediante la voz anónima y, por defecto, colectiva (una suerte de “farfulleo” barthesiano —anulación por adición— es la trampa que el lenguaje le tiende a *Sitio*). En segundo lugar, en el segundo número, los “Entredichos” son firmados grupalmente, a raíz de la guerra de Malvinas. Con todo, señalar estas paradojas tampoco desmiente las inflexiones singulares de cada uno de los miembros, en cada uno de sus ensayos. Si resulta importante apuntarlo es porque la discusión en torno a un posible “nosotros” se va a jugar en varias direcciones en los “Entredichos” del segundo número (y no como un simple detalle) y porque, en definitiva, se juegan en estas paradojas las tensiones de un proyecto literario-intelectual que hacen emerger una interrogación: ¿de pronto un “nosotros” se vuelve posible?, ¿para afirmar qué? En el caso del tercer número, los “Entredichos” (definidos acá como “el modo en que nuestra ‘editorial’ se expone en una polémica”) fueron “empujados” de las primeras páginas al centro de la revista, en el Suplemento o Anexo “Del exilio”. Precisamente, entonces, sus tres primeros números (1981, 1982 y 1983) resultan claves para apreciar un

primer momento de la revista, que tiene en el acontecimiento de la guerra de Malvinas un punto de inflexión notable e incluye una resonante polémica con Néstor Perlongher. Los “Entredichos” de *Sitio 1* incluyen los ensayos sin títulos individuales de Jorge Jinkis, Eduardo Grüner y Luis Gusmán; “Entredichos” de *Sitio 2* se titula “Las Malvinas argentinas. Del trabajo a la guerra y de la guerra al trabajo. ¡Argentinos a recomponer!”; y en *Sitio 3* aparece el texto de Perlongher (“La ilusión de unas islas”), en respuesta a los “Entredichos” del número anterior, que a su vez es respondido en ese mismo número por “A la tibia musa, de un vate desencantado”, de Jorge Jinkis, e “Ilusiones de isleño”, de Ramón Alcalde.

Resultan importantes los tópicos que aparecen en los “Entredichos” del primer número para dimensionar sus términos. Ante todo, *Sitio* se afirma contra la tradición humanista y también contra el realismo (como causa —Jinkis—; como inocencia del lenguaje —Grüner—; como límite discursivo sobre la realidad —Gusmán—): en estas confrontaciones, recuerda claramente a *Literal*. En un plano más individual, la intervención de Jinkis se articula en torno a la traición (de la literatura, del intelectual) como acto irreductible que se tensiona con los usos y sentidos determinados por la cultura. Afirma, además, que “enunciar una política literaria” es “la función más siniestra del intelectual”, y al mismo tiempo efectúa un elogio del rodeo y de la “escritura entre líneas” como la forma conveniente para la discusión, puntualmente sobre la censura (remitiendo, de paso, al texto de Leo Strauss, “Escribir entre líneas, un arte olvidado”, en torno a ese modo de escritura como técnica contra la persecución, publicado en la revista a continuación de estos “Entredichos”). Por su parte, del ensayo de Eduardo Grüner puede focalizarse su modo de entender la escritura como imposible de “ser inocente” y, por ende, “tampoco el que escribe se hace *ilusiones*” [cursiva mía]: más bien, desconfía en la palabra. La escritura, así, resulta “la posibilidad y la voluntad de una *traición* al destino de la lengua” y un escritor es “un *traidor*”, “un criminal de la lengua”. Por eso, además, ante el “asedio de la razón de Estado”, la literatura se afirma como “la negación de toda utilidad”. Finalmente, el texto de Gusmán también señala la irreductibilidad de la literatura, la cual “no tiene por qué ponerse de acuerdo con ningún medio *sociocultural*”, como “el mensaje utópico [que] sacrifica la escritura en función de la doctrina” o como “*ilusión* que sólo puede evocarse bajo la forma

de la nostalgia” [cursiva mía]; así, afirma una vez más su inutilidad, su resistencia a la ejemplaridad, puesto que “su existencia es su imposibilidad misma”: “palabra *muda*” que “llega a veces por donde menos se la espera”.

Podría decirse que una ironía, bastante obvia, recupera estos avatares inaugurales de la revista *Sitio* hasta su tercer número. Un título que quiere, de entrada, darse —y exhibir— un *locus* enunciativo para formular una ética literaria, y para esto pondrá en juego, desde los “Entredichos” de ese primer número, un despliegue de variaciones en torno a las figuraciones locativas que ese nombre soporta y habilita. Se quieren pensar —o, lo que tal vez sea lo mismo, imaginar— lugares (aún con la forma de “no-lugares”): de la literatura, sobre todo, pero también de la cultura, de la política y del ejercicio intelectual. Como allí afirma Jinkis, “pues la literatura vive de esa imposibilidad de responder a las demandas sociales y del disentimiento con el bien supremo de la moral de turno. ¿Cómo hacer lugar para este no-lugar de lo injustificado?”. La ironía, entonces, se completa cuando consideramos la irrupción de una circunstancia política ‘exterior’ que tiene como objeto de conflicto un *locus*, un ‘sitio’ territorial, que marcará un tajo en la historia argentina: Malvinas. La revista decide hacerse cargo de este acontecimiento, dedicándole los “Entredichos” del segundo número; número cuya salida, de hecho, se retrasa (comentan que se comenzaba a componer tipográficamente justo el 2 de abril) y que además es modificado (precisamente con el agregado de los “Entredichos” escritos a partir de la guerra). Este episodio, si bien puede leerse como un desplazamiento de una perspectiva ética a una perspectiva moral, fundamentalmente marcará una herida en la revista, cuya cicatriz tal vez nunca podrá borrar del todo en —y por— su corta, aunque intensa, duración. Hay un segundo episodio en el que se da un desplazamiento moral semejante: la Ley de Obediencia Debida, en *Sitio 6* (1987).

Si examinamos con más detalle lo que implica Malvinas en la historia de la revista puede verse, en efecto, lo significativo que fue. Como hipótesis de lectura, podría decirse que los términos que organizan este momento (polémica con Perlongher incluida) son traición, ironía e ilusión. Por cierto, una ironía complementaria a la anterior también podría trazarse entre la declaración de principios enunciada (a su pesar) en el primer número y el

desajuste (o la *dislocación*) a la que el conflicto bélico malvinense arrastra a la revista, que, ciertamente, *se deja* arrastrar. En este contexto, la intervención polémica de Néstor Perlongher en el tercer número (mediante una carta-ensayo que cuestiona los “Entredichos” del número anterior) es decisiva por los efectos que tiene en dicho número, en el cual los miembros de la revista, si bien *deciden* publicar el texto de Perlongher (ya que podrían haberlo ignorado) y, además, responderle (o sea, deciden exponerlo y *exponerse*), no es menos cierto que, al encontrarse en situación de respuesta, se ven obligados a tener que ‘justificar’ sus propias acciones discursivas, en gran medida ratificando sus perspectivas morales. Esto es lo que ocurre, concretamente, en las respuestas de Jinkis y Alcalde, directamente dirigidas a Perlongher, pero también podría pensarse que el resto de los textos que contienen los “Entredichos”, dedicados —como “Suplemento”— al tema del exilio, es igualmente motivado por la “actitud-Perlongher”, esto es, la guerra por la legitimidad discursiva entre locales y exiliados, o mejor, la guerra por la legitimidad ante el discurso del exilio, al que consideran un “estado de opinión” (dicho sea de paso, tema éste, el de la legitimidad en un campo, por los valores que pone en juego, moral si los hay). Por supuesto, vale aclarar que el tópico del exilio, en este momento, no es privativo de *Sitio* sino que articula un extenso debate entre “los que se fueron y los que se quedaron”; en todo caso, lo singular de *Sitio* es el modo en que intenta situarse (sobre todo en el suplemento dedicado al tema en este tercer número) en un lugar sustraído del binomio dicotómico (y no por la mera “superación conciliadora” sino por la intensificación de sus tensiones) aunque, paradójicamente, en el debate con Perlongher termine situando a éste en el lugar del exiliado.

Si se lee en detalle la declaración colectiva que suponen los “Entredichos” de la disputa (y a Perlongher el detalle de la firma grupal no se le escapará), se puede advertir un movimiento bastante preciso. En principio, efectivamente *Sitio* se acopla a ciertas *ilusiones* —inaugurando así el tópico central de la discusión— tras la cual sobreviene la decepción (“lo que tenemos es muy distinto de lo que se prometía durante la fraternidad de la guerra y con lo que acaso se logró ilusionarnos”). El grupo-*Sitio*, entonces, se pliega a las ilusiones desatadas por la guerra. Ahora bien, ¿de qué tenor son esas ilusiones? ¿Acaso

nacionales? En este sentido cobra relevancia el “nosotros” que enuncia: en principio remite al plural firmante, pero también cabría la sospecha acerca de a quiénes más quiere incluir ese nosotros, por lo menos en algunas de sus apariciones: “en guerra fuimos”, escriben, y el sujeto-agente tácito de esa frase parece reponerse, figuradamente, con un “los argentinos”, ya que no en el campo de guerra propiamente, pero sí poniendo el cuerpo en el aquí del *locus* territorial delimitado por su Estado: se trata de “un *pueblo* en guerra”. La guerra, por eso, es “La Nuestra” (“mayusculizando una Ironía”, les dirá Perlongher). Más aún, ese “nosotros” se vuelve, en el texto mismo, objeto de discusión: analizando el poema “Juan López y John Ward”, de Borges, los firmantes se detienen en su “operación del ‘nosotros’ generalizador” y concluyen que “a un ‘nosotros’ así, no aceptamos que el poeta nos lleve”. La disputa por el “nosotros”, entonces, se halla abierta. “La guerra – imaginábamos- forzosamente nos dejaría en *relaciones sociales nuevas*”, escriben también en plural, y es interesante constatarlo además en el título mismo del texto (“Las Malvinas argentinas. Del trabajo a la guerra y de la guerra al trabajo. ¡Argentinos a recomponer!”), en el cual esa suerte de “llamado” a los argentinos, aun con lo irónico que pueda *sonar*, no deja de prestarse a una lectura equívoca.

Sin embargo, estos destellos difícilmente puedan solapar, por más intensos y significativos que resulten, el movimiento más amplio que los engloba, de modo que sería casi imposible pensar –por lo menos en ese texto- en un giro meramente nacionalista por parte de *Sitio*. Así, aunque el desplazamiento no deje de ser evidente, la revista continúa, a su modo (o como puede), la búsqueda de un *sitio literario*. En otras palabras, lo que con más fuerza se deja leer en estos “Entredichos” es la de un grupo de escritores-intelectuales paralizados por el acontecimiento de la guerra (“la *impotencia* en que nos debatimos”), que se han quedado mudos, como la literatura misma (“la literatura quedaba aplazada”), y que al cabo de esa irrupción entienden como necesarias u obligadas una serie de preguntas que no pueden desconocer lo que acababa de ocurrir (“negarnos a olvidar”), y más aún, que *deben* dar cuenta de ello (“ciertamente, un nuevo deber ser”) mediante redefiniciones: “qué lugar le tocaba –o tenía que hacerse- una revista literaria en el seno de un pueblo en guerra”, “qué función nos tocaría cumplir”, “¿qué cambio de sentido le cabría a la literatura

(...)?”, “ahora nosotros, en guerra, pasábamos a ser un hecho del que la literatura tendría que dar cuenta”.

En efecto, la mayor parte del texto está dedicada a pensar la literatura: o bien para impugnar las “infraliteraturas de guerra” (“canallescás”), o bien para efectuar un minucioso análisis de dos poemas, “Cambalache”, de Osvaldo Rossler, y el mencionado “Juan López y John Ward”, de Borges, ambos en torno a la guerra, y que mostrarían que “la literatura está otra vez sola con su silencio. Puede comenzar a hablar”; sobre éstos, hacen una aclaración: “Nos identificamos con la seriedad ética (...) Con el contenido político implícito en ambos, tenemos esenciales desacuerdos”. Así, la parálisis o “mudez” a causa de la guerra se presenta como fatalidad inevitable, como exigencia o imperativo (“forzosamente”) del que no se pueden sustraer o como hecho externo —coyuntural— que los determina, que los llama, y del que no se pueden eludir. Por eso, ante la ética que afirmaba la irreductibilidad o inutilidad de la literatura frente a las demandas de la cultura, ahora ella “se demora todavía, replegada sobre sí misma, tentada de acogerse a la amnesia, rumiando sus propias culpas y las de todos los demás”. Entonces: los argumentos, efectivamente, se formulan desde una perspectiva moral, en la medida en que la literatura operó en función de las presiones culturales de una coyuntura, pero lo que se puede relevar es que, pese a ese desplazamiento de perspectiva, la revista no deja de preguntarse por el lugar de la literatura. Además, esto ocurre en el espacio de los “Entredichos”, pero no es un detalle que en el resto de la revista *continúe* la literatura, sostenida en su inutilidad. Asimismo, es posible vislumbrar continuidades respecto de sus preocupaciones iniciales y la ruptura no es tan drástica. De manera que, en principio, no se trataría de una simple abjuración, contradicción o falta, porque tal vez la postura inicial ya lo contempla como posibilidad: como señalaba Jinkis, se trata de no hacer “de sitio un sitio único” (“la discusión aquí abierta se puede prolongar en cualquier parte y puede retornar a la revista desde cualquier parte”); y Grüner, por su parte, que invitaba a “renunciar a ‘salir’ de la contradicción, *instalarse en ella* como quien se sienta a meditar en una cuerda floja”. En consecuencia, se podría pensar -antes que en giros o desplazamientos rotundos- en matices que dan cuenta

de las tensiones de un número a otro, de una postura a otra, de una política literaria a una literatura necesaria o forzosamente politizada.

Rosario, agosto de 2021

#### Bibliografía recomendada

- Crespi, Maximiliano (2010): “*Sitio: entre la guerra de Malvinas y la Ley de Obediencia Debida*”, David Viñas (director); Rocco Carbone y Ana Ojeda (compiladores), *Literatura argentina siglo XX. De Alfonsín al menemato (1983 - 2001)*, Buenos Aires, Paradiso; pp. 176-189.
- Gasparri, Javier (2017): “Un sitio para la polémica intelectual”, Néstor Perlongher. *Por una política sexual*, Rosario, HyA Ediciones; pp. 27-51.
- Giordano, Alberto (1999): “*Sitio: ensayo y polémica*”, *Razones de la crítica. Sobre literatura, ética y política*, Buenos Aires, Colihue; pp. 89-104.
- Patiño, Roxana (1997): “Intelectuales en transición. Las revistas culturales argentinas (1981 – 1987)”, *Cuadernos de Recienvenido / 4*. Universidade de São Paulo.
- Patiño, Roxana (2006): “Revistas literarias y culturales argentinas de los ‘80”, *Ínsula*, nº 715-716, julio-agosto de 2006.

#### Cómo citar

Gasparri, Javier, “Presentación de *Sitio*”, *Ahira. Archivo Histórico de Revistas Argentinas*, <https://ahira.com.ar/revistas/sitio/>, Rosario, agosto de 2021. ISSN 2618-3439